

¿Era C.S. Lewis un evangélico?

Domingo, 30 de marzo de 2003.

Pastor David Silversides, Iglesia Presbiteriana Reformada de Loughbrickland, Irlanda del Norte

En primer lugar, ¿por qué fijarse en C.S. Lewis? ¿Por qué molestarse? El grado de conocimiento que se tenga del nombre de C.S. Lewis varía enormemente. Algunos son muy conscientes de su influencia. Para otros, quizás, el nombre de C.S. Lewis no sea más que un nombre vagamente conocido. Han oído hablar de él en algún sitio, pero no saben mucho sobre él. Sin embargo, hay que reconocer que ha tenido y sigue teniendo una influencia considerable. Existen varias sociedades dedicadas a C.S. Lewis. Por ejemplo, en Estados Unidos hay un Instituto C.S. Lewis. El Dr. Lindsley, de dicho instituto, afirma: “Una encuesta reciente entre los lectores de *Christianity Today* reveló que, aparte de la Biblia, el libro que más ha influido en sus vidas es *Mero cristianismo* de C.S. Lewis. La popularidad de C.S. Lewis no muestra signos de disminuir; al contrario, está aumentando.”

Más cerca de casa, Cecil Andrews, de Take Heed Ministries, ha llamado recientemente la atención sobre la cruzada personal de Derek Bingham para promover los escritos de C.S. Lewis, y sobre el hecho de que Bingham afirma que C.S. Lewis es el más grande escritor cristiano. Por lo tanto, debemos examinar las creencias de C.S. Lewis. Sus escritos han sido fundamentales para que la gente reflexione sobre el cristianismo. En algunos casos, quizás hayan sido un eslabón en un proceso que finalmente los llevó a su conversión a Cristo; no hay necesidad de discutirlo. Sin embargo, esto no significa que debamos asumir que C.S. Lewis era completamente sano en la fe.

En segundo lugar, ¿quién era C.S. Lewis? ¿Quién era? Clive Staples Lewis (siempre fue conocido como "Jack"), pero su nombre real era Clive Staples Lewis. Nació en Belfast (Irlanda del Norte) el 29 de noviembre de 1898, hijo de padres anglicanos. Su hermano Warren era tres años mayor. Su querida madre falleció cuando C.S. Lewis tenía casi diez años. Los chicos fueron enviados a la escuela de Watford, a la que Lewis llamaba Belsen. El director era cruel e incompetente y posteriormente fue declarado demente. Luego fue enviado al Campbell College en Belfast. Le apasionaban las sagas nórdicas e islandesas, la mitología griega, etc. Incluso en su juventud, mostró un gran interés por la mitología y la fantasía, leyendo sobre estos temas con una profundidad muy superior a su edad. En 1914, dejó la escuela para recibir clases particulares de W.T. Kirkpatrick. Ingresó en el University College de Oxford, donde se graduó en 1918, y en 1924 se convirtió en profesor de filosofía en la misma universidad. En 1925, fue elegido miembro del Magdalen College. Fue profesor de lengua y literatura inglesas durante 29 años y posteriormente se convirtió en profesor de literatura medieval y renacentista en Cambridge.

Lo que él considera su conversión se puede dividir en dos etapas. En 1929 pasó del ateísmo al teísmo. Es decir, en lugar de negar la existencia de Dios, la admitió. Y lo hizo con gran reticencia. En su libro autobiográfico *Sorprendido por la alegría* (*Surprised by Joy*), dice: “Me rendí y admití que Dios era Dios, me arrodillé y oré, siendo quizás esa noche el converso más

abatido y reacio de toda Inglaterra. En aquel entonces no veía lo que ahora es lo más evidente y brillante: la humildad divina que acepta a un converso incluso en tales condiciones”.

Él dice eso, pero parece creer que fue aceptado, aunque solo se había convertido en teísta, creyendo en la existencia de Dios. En ese momento no se declaraba cristiano. Mantuvo largas conversaciones con su amigo J.R.R. Tolkien, católico romano y autor de *El Señor de los Anillos* (*The Lord of the Rings*), graduado de Oxford. También conversó con Owen Barfield, otro teósofo.

Profesó el cristianismo en 1931, convencido de la encarnación: que el Señor Jesús era Dios hecho hombre, que Jesucristo era el hijo de Dios. Sitúa su conversión en un viaje al zoológico de Whipsnade, en el sidecar de la motocicleta de su hermano. Dice: “Cuando partí, no creía que Jesucristo fuera el hijo de Dios, pero al llegar al zoológico, sí lo creía.”

Era una figura destacada en la Universidad de Oxford, con una gran cantidad de estudiantes asistiendo a sus clases. Su producción literaria fue prolífica. Su interés por la mitología persistió, y la imaginación se hace presente en la mayoría de sus escritos. La amplitud de su obra es asombrosa. Escribió mucho, por supuesto, sobre literatura inglesa. Escribió poesía. Y escribió defensas, defensas filosóficas, de lo que consideraba la doctrina central del cristianismo. También lo hizo mediante alegorías míticas. Así, por un lado, defendió el cristianismo desde un punto de vista filosófico; y, en otras ocasiones, lo defendió mediante el uso del mito y la alegoría. Y escribió para niños *Las crónicas de Narnia* (*The Chronicles of Narnia*). Y, por supuesto, la más conocida de ellas es *El león, la bruja y el armario* (*The Lion, the Witch, and the Wardrobe*).

Falleció en 1968, el mismo día en que fue asesinado el presidente John F. Kennedy.

En tercer lugar, ¿qué creía? ¿Qué creía? Después de profesar ser cristiano, ¿qué creía C.S. Lewis?

En términos positivos, afirmaba creer en lo que él llamaba “las doctrinas fundamentales del cristianismo”. Creía en un cristianismo sobrenatural. Defendía la idea de los milagros. Se oponía a obispos radicales y liberales como John Robinson, obispo de Woolwich. Algunos de ustedes quizás recuerden su nombre. Escribió un libro titulado *Honesto a Dios* (*Honest to God*), que era completamente liberal y totalmente herético. C.S. Lewis no estaba en absoluto de acuerdo con hombres como Robinson.

Permítanme darles un ejemplo de su perspicacia. Este fragmento proviene de una obra titulada *El Gran Divorcio* (*The Great Divorce*). La historia se desarrolla en una fantasía espeluznante: una conversación entre un espíritu y un fantasma, este último convertido en obispo. El escenario es fantástico, y sin duda nos plantearía serias dudas al respecto. Pero permite hacerse una idea de la capacidad de Lewis para comprender el pensamiento humano.

El espíritu le está diciendo al fantasma que se supone que fue obispo: “¿Pero no sabes que fuiste allí porque eres un apóstata?”

—“¿Hablas en serio, Dick?”

—“Perfectamente.”

—“Esto es peor de lo que esperaba. ¿De verdad crees que se castiga a la gente por sus opiniones sinceras? Incluso suponiendo, por poner un ejemplo, que esas opiniones fueran erróneas. ¿De verdad crees que no existen pecados intelectuales?”

Esta es la respuesta: —“Claro que sí, Dick. Existe el prejuicio arraigado, la deshonestidad intelectual, la timidez y el estancamiento. Pero las opiniones sinceras expresadas sin temor no son pecados.”

Entonces, el otro: —“Sé que solíamos hablar así. Yo también lo hacía hasta el final de mi vida, cuando me volví lo que tú llamas estrecho de miras. Todo depende de qué son las opiniones sinceras.”

Y el obispo: —“Las mías ciertamente lo eran. No solo eran sinceras, sino heroicas. Las defendí sin temor. Cuando la doctrina de la Resurrección dejó de convencer a la capacidad crítica que Dios me había dado, la rechacé abiertamente. Prediqué mi famoso sermón. Desafié todo el capítulo. Asumí todos los riesgos.”

— La respuesta fue: “¿Qué riesgo? ¿Qué otra cosa podía resultar de ello, aparte de lo que de hecho sucedió: popularidad, ventas de tus libros, invitaciones y, finalmente, un obispado?”.

— “Dick, esto no es digno de ti. ¿Qué estás sugiriendo?”

— “Amigo, no estoy sugiriendo nada en absoluto. Verás, ahora lo sé. Seamos francos. Nuestras opiniones no surgieron de forma honesta. Simplemente nos vimos inmersos en cierta corriente de ideas y nos sumergimos en ella porque parecía moderna y exitosa. En la universidad, ya sabes, empezamos automáticamente a escribir el tipo de ensayos que obtenían buenas notas y a decir el tipo de cosas que cosechaban aplausos. ¿Cuándo, en toda nuestra vida, nos enfrentamos honestamente, en soledad, a la pregunta fundamental: si, después de todo, lo sobrenatural podría no existir? ¿Cuándo opusimos una resistencia real, aunque fuera por un instante, a la pérdida de nuestra fe?

— Respuesta: “Si esto pretende ser un esbozo de la génesis de la teología liberal en general, respondo que es una mera calumnia. ¿Sugiere usted que hombres como...?”

— Y entonces el otro interrumpe: “No tengo nada que ver con ninguna generalidad. Ni con ningún otro hombre que no seas tú y yo. Oh, como amas tu propia alma, recuérdalo. Sabes que tú y yo estábamos jugando con dados trucados. No queríamos que el otro fuera sincero. Teníamos miedo del salvacionismo burdo, miedo de romper con el espíritu de la época, miedo al ridículo, miedo (sobre todo) de los verdaderos temores y esperanzas espirituales.”

— Respuesta: “No niego en absoluto que los jóvenes puedan cometer errores. Es muy posible que se vean influenciados por las modas y las ideas del momento. Pero no se trata de cómo se

forman las opiniones. Lo importante es que fueran opiniones honestas, expresadas con sinceridad.”

— Esta es la respuesta: “Por supuesto. Al dejarnos llevar sin resistencia, sin orar, aceptando cada incitación semiconsciente de nuestros deseos, llegamos a un punto en el que ya no creíamos en la fe. Del mismo modo, un hombre celoso, a la deriva y sin resistencia, llega a creer mentiras sobre su mejor amigo; un borracho llega a creer (por un momento) que otra copa no le hará daño. Las creencias son sinceras en el sentido de que se producen como eventos psicológicos en la mente del hombre. Si a eso te refieres con sinceridad, son sinceras, y también lo fueron las nuestras. Pero los errores que son sinceros en ese sentido no son inocentes”.

Ahora bien, esta es una cita larga, pero da una idea (aunque lo fantástico sea ciertamente deplorable) de la capacidad de Lewis para comprender el pensamiento humano. Entendía perfectamente cómo el clero y los obispos liberales llegaban a sus posturas; comprendía que no se trataba de un pensamiento honesto en absoluto. Y se puede admirar su habilidad para desenmascarar la farsa del liberalismo radical. Era, por entonces, un hombre con una gran perspicacia para comprender el pensamiento humano y sus motivaciones. Y se negó a convertirse al catolicismo romano, a pesar de su estrecha amistad con Tolkien, quien intentó durante años persuadirlo para que lo hiciera.

Ahora bien, desde un punto de vista negativo, **¿era evangélico? Bueno, él no afirmaba serlo.** Dice: “Soy un laico muy corriente de la Iglesia de Inglaterra; no soy especialmente anglicano de tendencia "alta" ni "baja", ni especialmente ninguna otra cosa.”

Y sí, cometió un grave error.

En primer lugar, rechazó la depravación total del hombre. En su obra *El problema del dolor* (*The Problem of Pain*), lo afirma categóricamente. Así, en el capítulo 6 dice: “El cristianismo solo exige que corrijamos un desvío de nuestra naturaleza.” Por lo tanto, no creía en la depravación total. Y esto, sin duda, explica su visión sobre el papel de la razón.

El Dr. Martyn Lloyd Jones dijo de él: “Dado que C.S. Lewis era esencialmente un filósofo, su visión de la salvación era defectuosa en dos aspectos clave. Primero, creía y enseñaba que uno podía convertirse al cristianismo mediante el razonamiento. Segundo, se oponía a la teoría sustitutiva y penal de la expiación.” Por lo tanto, rechazaba la depravación total.

En segundo lugar, No creía en la infalibilidad de las Escrituras. En su obra *El problema del dolor* (*The Problem of Pain*), dice: “Habiendo aislado lo que considero el verdadero significado de la doctrina de que el hombre es caído, consideremos ahora la doctrina en sí misma. La historia del Génesis es una historia (llena de la más profunda sugerencia) sobre una manzana mágica del conocimiento; pero en la doctrina desarrollada, la magia inherente de la manzana ha desaparecido por completo, y la historia es simplemente una de desobediencia. Tengo el más profundo respeto incluso por los mitos paganos, y aún más por los mitos de las Sagradas Escrituras.”

[Él enseñaba que el Antiguo Testamento contenía mitos y fábulas.]

Luego, en su obra titulada *Dios en el banquillo (God in the Dock)*, dice lo siguiente: “El Antiguo Testamento contiene elementos fabulosos. El Nuevo Testamento consiste principalmente en enseñanza, no en narración alguna; pero donde es narrativo, es, en mi opinión, histórico. En cuanto al elemento fabuloso del Antiguo Testamento, dudo mucho que sea prudente descartarlo. Lo que se obtiene es algo que se va definiendo gradualmente. Primero se encuentra, dispersa por las religiones paganas de todo el mundo —pero aún bastante vaga y mítica— la idea de un dios que es asesinado y quebrantado y luego vuelve a la vida. Nadie sabe dónde se supone que vivió y murió; no es histórico. Luego está el Antiguo Testamento. Las ideas religiosas se vuelven un poco más concretas. Todo está ahora conectado con una nación en particular. Y se va definiendo aún más a medida que avanza. Jonás y la ballena, Noé y su arca, son fabulosos; pero la historia de la corte del rey David es probablemente tan fiable como la historia de la corte de Luis XIV [de Francia]. Luego, en el Nuevo Testamento, sucede algo realmente. El Dios moribundo aparece realmente, como una Persona histórica, viviendo en un lugar y un tiempo definidos. Si pudiéramos separar todos los elementos fabulosos de las etapas anteriores de los históricos, creo que perderíamos una parte esencial de todo el proceso. Esa es mi opinión.

Por lo tanto, no creía en la autoridad de las Escrituras ni en la fiabilidad del Antiguo Testamento en particular.

Luego, vuelve a decir sobre los Salmos, en su libro *Reflexiones sobre los Salmos (Reflections on the Psalms)*: “En cuanto al elemento de negociación en los Salmos, “haz esto, y te alabaré”. Esa tonta pincelada de paganismo ciertamente existió. La llama no asciende pura del altar. Pero las impurezas no son su esencia.” Y así sucesivamente.

Luego, en la misma obra, dice: “Descendiendo aún más, encontramos una dificultad algo similar con San Pablo. No puedo ser el único lector que se ha preguntado por qué Dios, habiéndole dado tantos dones, le negó (lo que para nosotros parecería tan necesario para el primer teólogo cristiano) la lucidez y la exposición ordenada.”

“Así pues, en tres niveles, en los grados apropiados, nos encontramos con el mismo rechazo de lo que podríamos haber considerado mejor para nosotros: en la Palabra misma, en el Apóstol de los Gentiles, en la Escritura en su conjunto. Puesto que esto es lo que Dios ha hecho, debemos concluir que fue lo mejor. Puede que aquello que hubiéramos deseado nos hubiera resultado fatal de haber sido concedido. Puede que sea indispensable que la enseñanza de Nuestro Señor, por esa elusividad (para nuestro intelecto sistematizador), exija una respuesta del ser humano en su totalidad, que deje tan claro que no se trata de aprender una materia, sino de sumergirnos en una Personalidad, adquiriendo una nueva perspectiva y un nuevo carácter, respirando una nueva atmósfera, permitiéndole, en Su manera, reconstruir en nosotros la imagen desfigurada de Sí mismo. Así sucede en San Pablo.”

Quizás el tipo de obras que me hubiera gustado que escribiera habrían sido inútiles. Su mal humor, su aparente incongruencia e incluso su sofistería, la turbulenta mezcla de detalles insignificantes, quejas personales, consejos prácticos y éxtasis lírico, finalmente dejaban entrever lo que importa más que las ideas: una vida cristiana plena en acción; mejor dicho, Cristo mismo obrando en la vida de un hombre.”

Así que ves que él **no reverenciaba las Escrituras como la palabra de Dios.**

Y esta es una cita más:

“Generaciones anteriores atribuían el origen del sufrimiento animal a la Caída del hombre: el mundo entero se vio afectado por la rebelión destructora de Adán. Esto ahora es imposible, pues tenemos buenas razones para creer que los animales existían mucho antes que los hombres. El carnívoro, con todo lo que implica, es anterior a la humanidad. Ahora bien, es imposible no recordar cierta historia sagrada que, aunque nunca se incluyó en los credos, ha sido ampliamente creída en la Iglesia y parece estar implícita en varias declaraciones dominicales [de Cristo], paulinas y joánicas [los escritos de Pablo y Juan]: me refiero a la historia de que el hombre no fue la primera criatura en rebelarse contra el Creador, sino que un ser más antiguo y poderoso apóstata desde hace mucho tiempo y ahora es el emperador de las tinieblas y (significativamente) el señor de este mundo.”

Lewis ni por asomo creía en la infalibilidad de las Escrituras.

Él sí creía en oraciones por los muertos. Así, en su obra *Cartas a Malcolm (Letters to Malcolm)*, escribe: “Por supuesto que rezo por los muertos. Es una acción tan espontánea, casi inevitable, que solo el argumento teológico más convincente en contra me disuadiría. Y no sé cómo sobrevivirían mis demás oraciones si las de los muertos estuvieran prohibidas. A nuestra edad, la mayoría de nuestros seres queridos han muerto. ¿Qué clase de relación con Dios podría tener si lo que más amo fuera innombrable para Él?”

En su obra *Una pena en observación (A Grief Observed)*, tras la muerte de su esposa, vuelve a referirse a las oraciones por los difuntos. Pero en ese libro parece casi desesperado.

Él creía en purgatorio. De nuevo, en *Cartas a Malcolm (Letters to Malcolm)*, dijo esto: “Pero ¿acaso no creemos que Dios ya ha hecho y sigue haciendo todo lo que puede por los vivos? ¿Qué más podríamos pedir? Sin embargo, se nos dice que pidamos. “Sí”, se nos responderá, “pero los vivos aún están en el camino. Les esperan más pruebas, desarrollos y posibilidades de error. Pero los salvados han sido perfeccionados. Han terminado la carrera. Orar por ellos presupone que el progreso y la dificultad aún son posibles. De hecho, estás introduciendo algo parecido al purgatorio”.

“Bueno, supongo que sí. Aunque incluso en el Cielo podría suponerse un aumento perpetuo de la bienaventuranza, alcanzado mediante una entrega cada vez más extática, sin posibilidad de fracaso, pero quizás no exenta de sus propios ardores y esfuerzos —pues el deleite también tiene sus dificultades y empinadas ascensiones, como bien saben los amantes. Pero no insistiré ni especularé sobre ese aspecto por el momento. Creo en el Purgatorio.”

“Eso sí... los reformadores tenían buenas razones para poner en duda la doctrina romana sobre el Purgatorio, tal como se había convertido entonces. No me refiero simplemente al estándar comercial. Si uno pasa del *Purgatorio de Dante* al siglo XVI se horrorizará ante la degradación que se había producido...”

Luego, paso a otro punto. “La perspectiva correcta regresa magníficamente en *El sueño* (*Dream*) de Newman. Allí, si no me equivoco, el alma salvada, al pie del trono, suplica ser llevada y purificada. No puede soportar ni un instante más ‘Con su oscuridad, ofender esa luz’. La religión ha recuperado el Purgatorio.”

“Nuestras almas *anhelan* el Purgatorio, ¿no es así? ¿No nos rompería el corazón si Dios nos dijera: “Es cierto, hijo mío, que tu aliento huele mal y tus harapos gotean lodo y fango, pero aquí somos caritativos y nadie te reprochará estas cosas ni te apartará de nosotros. Entra en el gozo”? ¿No deberíamos responder: “Con sumisión, Señor, y si no hay inconveniente, prefiero ser limpiado primero?”

Creía en el purgatorio, y creía en él principalmente porque, evidentemente, no creía que las almas de los creyentes alcanzaran la perfección en santidad al morir. Así que sí creía en el purgatorio.

Él también creía en la invocación de los santos, o estaba dispuesto a creer en ella. Así, en su libro *Dios en el banquillo* (*God in the Dock*), dice: “La pregunta entonces es: ¿hasta qué punto podemos inferir la conveniencia de la devoción a partir de la conveniencia de la invocación? Acepto la autoridad del benedicta respecto a la conveniencia de *invocar* a los santos. Pero si de ahí infiero la conveniencia de la devoción a los santos, ¿acaso un argumento no me obligará a aprobar la devoción a las estrellas, las heladas y las ballenas?.”

Está diciendo que acepta la invocación de los santos y la autoridad del benedicta, que se encuentra en el libro de oraciones del servicio de oración moderno, cuya fuente original es el cántico de los tres niños santos en los apócrifos.

También indica creencia de que todos se salvan finalmente. [Por lo tanto, era universalista, no cristiano ortodoxo.] Dice: “Una idea errónea de lo más sorprendente ha dominado durante mucho tiempo la mentalidad moderna sobre San Pablo. Es decir, que Jesús predicó una religión bondadosa y sencilla (que se encuentra en los evangelios), y que San Pablo después la corrompió convirtiéndola en una religión cruel y complicada (que se encuentra en las epístolas). Esto es realmente insostenible.”

Como ven, ahí se opone, con toda razón, a uno de los principios del liberalismo: la supuesta contradicción entre el evangelio y las epístolas. Pero escuchen lo que dice después. Su postura dista mucho de la ortodoxia. Afirma: “Todos los textos más aterradores provienen de la boca de nuestro Señor; todos los textos en los que podemos basar nuestra esperanza de que todos los hombres se salven provienen de San Pablo.”

Él puede ver el sinsentido de los liberales radicales, pero su respuesta no es la ortodoxia bíblica. Posee una trágica capacidad para desenmascarar a los obispos liberales radicales y sus ideas, pero lo que propone en su lugar no es la ortodoxia evangélica ni bíblica.

Y así volvemos a encontrar la idea de que todos se salvan al final. Cita: “Por mi parte, a veces he dicho a mi público que las únicas dos cosas que realmente vale la pena considerar son el cristianismo y el hinduismo. (El islam es solo la mayor de las herejías cristianas, el budismo

solo la mayor de las herejías hindúes. El verdadero paganismo ha muerto. Todo lo mejor del judaísmo y el platonismo sobrevive en el cristianismo). En realidad, para una mente adulta, no existe esta infinita variedad de religiones que considerar. Podemos dividir las religiones, como dividimos las sopas, en "espesas" y "claras". Por espesas me refiero a aquellas que tienen orgías, éxtasis, misterios y apegos locales: África está llena de religiones "espesas". Por "claras" me refiero a aquellas que son filosóficas, éticas y universalizadoras: el estoicismo, el budismo y la Iglesia Ética son religiones "claras". Ahora bien, si existe una religión verdadera, debe ser tanto "espesa" como "clara": porque el verdadero Dios debe haber creado tanto al niño como al hombre, tanto al salvaje como al ciudadano, tanto la cabeza como el vientre. Y las únicas dos religiones que cumplen esta condición son el hinduismo y el cristianismo. Pero el hinduismo la cumple imperfectamente. La religión "clara" del ermitaño brahmán en la selva y la religión "espesa" del templo vecino coexisten. Al ermitaño brahmán no le preocupa la prostitución del templo ni al fiel en el templo la metafísica del ermitaño. Pero el cristianismo realmente derriba el muro central de la división. Toma a un converso de África central y le dice que obedezca una ética universalista ilustrada: toma a un mojigato académico del siglo XX como yo y le dice . . . que yo vaya en ayuno a un Misterio, a beber la sangre del Señor. El converso salvaje tiene que ser Claro: yo tengo que ser espeso. Así es como uno sabe que ha llegado a la verdadera religión.

Así pues, creía que el cristianismo era la religión más verdadera. Pero, evidentemente, también creía que el cristianismo tenía mucho en común con otras religiones, que simplemente era la forma más pura de ellas.

¿Era C.S. Lewis un evangélico? Pues la respuesta es no, absolutamente no.

No era evangélico. No creía en una Biblia infalible. No creía en la doctrina de la justificación por la fe en Cristo solamente, etc. Creía en algunas doctrinas ortodoxas, pero negaba otras.

Es imposible creer que un hombre que cree en las Escrituras pueden estar equivocadas, que cree en el purgatorio, que cree en la invocación de los santos, que imagina que todos se salvarán al final, etc. A ese hombre no se le puede llamar evangélico.

En cuarto lugar, ¿por qué es tan popular C.S. Lewis? Algunas razones son obvias. En primer lugar, su capacidad de expresión y comunicación. Su lectura rápida y su poderosa imaginación le otorgaban una tremenda habilidad para hacer que un mensaje fuera legible y comprensible al instante. Tenía un ejemplo para todo, y uno sabía exactamente lo que decía. Además, era fácil de leer. Así que no hay necesidad de negar que era un hombre de gran talento. Esa es una de las razones.

Pero otra razón es la debilidad y vulnerabilidad de las iglesias. Lewis hace grandes concesiones, de hecho, más que concesiones. **Todo su enfoque se basa en la neutralidad, la supuesta neutralidad, de la razón humana. La razón es lo primero; la Escritura, lo segundo.**

En 1 Corintios, capítulo 2, versículos 1 y 2: “Así que, hermanos, cuando fui a vosotros para anunciaros el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabras o de sabiduría. Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado.” (RVR 1960)

Ahí el apóstol Pablo dice que se negó a comportarse como un pensador original, un filósofo. Tenía una mente brillante, sin duda, pero dice: “No vine como filósofo pretendiendo compartir mis ideas originales.” Dice: “Vine como predicador proclamando un mensaje de Dios.” Por eso los griegos se ofendieron. Querían un filósofo, un pensador profundo que les diera sus propias ideas. Pero él no lo hizo. Dijo: “Prediqué a Cristo crucificado,” predicando y anunciando un mensaje de Dios.

Lewis se esfuerza por *demostrar la* veracidad del cristianismo. Y al hacerlo, predicó la neutralidad de la razón humana, lo cual no es cierto. A pesar de todas sus perspicaces observaciones sobre el pensamiento humano —algunas de ellas muy agudas, seguía negando la depravación total. Por ejemplo, en la primera cita, al hablar de cómo un obispo liberal llega a serlo, uno pensaría que seguramente creería en la depravación total, buscando comprender su funcionamiento, pero no fue así. Creía que el ser humano podía ser honesto y recto consigo mismo, basado en la verdad.

Y así, la debilidad y vulnerabilidad de las iglesias —y me refiero a las iglesias evangélicas— conlleva una tendencia a querer el enfoque filosófico de Lewis: “esto funcionará, esto lo demostrará, esto convencerá a la gente”.

Además, está el deseo de tener a “grandes nombres” de nuestro lado. El deseo de tener a grandes nombres de nuestro lado. . . . El deseo de tener a alguien importante, de poder decir “él es uno de los nuestros”. Ya sea un filósofo como C.S. Lewis, un cantante pop como Cliff Richard o un entrenador de fútbol como el ahora olvidado Glen Hoddle. Los cristianos quieren creer que podemos señalar a alguna persona conocida y decir que es uno de los nuestros, que cree lo que nosotros creemos. Y que esto impresionará a la gente. Así que eligen a personas que profesan algo vagamente parecido al cristianismo y las ensalzan.

Pero cuando Dios realmente salva, como a veces Él hace con los sabios, los poderosos y los nobles de este mundo, entonces debemos regocijarnos. «No muchos sabios, ni muchos nobles, ni muchos poderosos son llamados». Pablo no dijo “ninguno.” Y cuando lo son, nos regocijamos. Y si mantienen una buena confesión y ejercen una poderosa influencia desde su posición entre los hombres sin concesiones, nos regocijamos aún más. Pero no nos aferremos incrédulos a alguien como evangélico, cuando claramente no lo es.

¿No es eso lo que sucede? La iglesia se esfuerza, de manera bastante indigna, por convencerse de que alguien es evangélico simplemente porque es importante. Lewis era importante, pero no era evangélico. Era un hombre inteligente, con habilidades y capacidades asombrosas, pero no se le debe considerar nuestro mejor escritor cristiano. ¡En absoluto! No se le debe considerar un maestro confiable de la verdad.

El profesor católico romano Robert Kreeft, en una conferencia sobre C.S. Lewis titulada “C.S. Lewis: Una evaluación del milenio,” recuerda cómo los participantes —católicos romanos, anglicanos, ortodoxos orientales, etc.— aplaudieron cuando alguien sugirió que C.S. Lewis ofrecía parte del terreno común de acuerdo entre todos ellos. Católicos romaons, ortodoxos orientales, la Iglesia de Inglaterra. Por supuesto que sí. No hay nada específicamente evangélico en C.S. Lewis.

Puede que nos impresionen algunos de sus argumentos. Quizás nos guste leer cuando critica duramente a los liberales radicales, algo que hace con bastante acierto. Pero no es evangélico. Y por eso, los católicos romanos y los ortodoxos orientales también están contentos con él.

Por lo tanto, no se le debe considerar un maestro de la verdad. Y, sobre todo, a los jóvenes cristianos enfáticamente no se les debe recomendar los escritos de C.S. Lewis. Me horroriza que esto suceda, y sucede. Jóvenes conversos, personas que han profesado la fe y novicios en la fe . . . ¡y les dan a C.S. Lewis! ¿Cómo convencer a alguien? ¡Es increíble!

Si los jóvenes cristianos desean ayuda para comprender las Escrituras, que escuchen a fieles ministros de la Palabra que las expongan. Que lean los escritos de maestros del pasado y del presente que, aunque no fueran famosos, fueron fieles. Lo que los jóvenes cristianos necesitan no es la enseñanza de hombres famosos pero poco fiables, sino la enseñanza de las Escrituras por parte de hombres íntegros y sanos, sean famosos o desconocidos, hombres que cumplan las palabras de 1 Timoteo 4:6: “Si esto enseñas a los hermanos, serás buen ministro de Jesucristo, nutrido con las palabras de la fe y de la buena doctrina que has seguido.”

En resumen:

En primer lugar, C.S. Lewis rechazó la depravación total del hombre.

En segundo lugar, No creía en la infalibilidad de las Escrituras. [Él enseñaba que el Antiguo Testamento contenía mitos y fábulas.] No creía en la autoridad de las Escrituras ni en la fiabilidad del Antiguo Testamento en particular. No reverenciaba las Escrituras como la palabra de Dios. Lewis no creía en la infalibilidad de las Escrituras bajo ningún concepto.

Él sí creía en oraciones por los muertos.

Él creía en purgatorio. Creía en el purgatorio, y creía en él principalmente porque, evidentemente, no creía que las almas de los creyentes alcanzaran la perfección en santidad al morir.

Él también creía en la invocación de los santos, o estaba dispuesto a creer en ella.

También indica creencia de que todos se salvan finalmente. [Por lo tanto, era universalista, no cristiano ortodoxo.]

Él puede ver el sinsentido de los liberales radicales, pero su respuesta no es la ortodoxia bíblica. Posee una trágica capacidad para desenmascarar a los obispos liberales radicales y sus ideas, pero lo que propone en su lugar no es la ortodoxia evangélica ni bíblica.

¿Era C.S. Lewis un evangélico? Pues la respuesta es no, absolutamente no.

No era evangélico. No creía en una Biblia infalible. No creía en la doctrina de la justificación por la fe en Cristo solamente, etc. Creía en algunas doctrinas ortodoxas, pero negaba otras.